

Los Patriarcas

I. La Misión de Abram

En Ur, en Senaar, capital del bajo Éufrates, hace alrededor de cuatro mil años, un hombre llamado Abram recibió la visita de Dios y, sin dudar, creyó en la palabra: “Yo haré de ti una gran nación, yo te bendeciré; yo haré grande tu nombre” (*Génesis XII, 1*).

Tal es el punto de partida que asigna la Biblia a todo el desarrollo histórico del que el pueblo de Israel fue agente y testigo. Es un hecho esencialmente místico, tan misterioso en su esencia y tan tangible en sus resultados, como para México pudo serlo la aparición de la Virgen de Guadalupe. El que un pequeño clan beduino, nómada, como tantos otros, a través de estepas y llanuras, estuviese en el origen de un destino tan cargado de significación, era algo que, a los ojos de los lejanos herederos del Patriarca, escapaba a las leyes lógicas de la historia: era preciso que fuese expresión de la voluntad misma de Dios.

Nunca, durante dos milenios, este hecho místico ha sido puesto en duda. En los peores momentos de aflicción, como en las horas de extravío, los lejanos descendientes del inspirado recordarán la promesa para reconfortarse o para arrepentirse: [“Abraham, vuestro padre –dirá Cristo- se estremeció de gozo porque debía ver mi día”]. Sobre el acto de fe del Patriarca, tres grandes religiones establecieron sus bases: el judaísmo, el cristianismo y el islamismo. Este episodio mínimo, la partida de un clan de Ur hacia las colinas de Jarán, es un gran momento de la historia.

Por concisas que sean las frases del *Génesis* donde se narra el acontecimiento, bastan para que se adivine, en la determinación de Abram, el resultado de un drama religioso. Teráj, su padre, era idólatra. “Servía a otros dioses”, dirá más tarde Josué (*Josué, XXIV, 2*): sin duda aquel dios-luna, aquel Nannar-Sin, que los monumentos descubiertos por las excavaciones nos representan bajo los rasgos de uno de aquellos príncipes, cuyas barbas y cabellos, hechos en piedra de un azul profundo, tienen reflejos tan extrañamente metálicos. Era el dios de las noches transparentes de Asia y, en la fase creciente, la uña lunar era una de aquellas barcas del Éufrates, de puntas altas,

que le servía para bogar por el cielo. A este culto lunar, al politeísmo mesopotámico, decide escapar Abram cuando escucha las palabras del dios innominado: “Deja tu país, tu familia, la casa de tu padre”. [(*Génesis* XII, 1) En los tiempos de Judith, cuando el asirio Holofernes pidió información sobre Israel, se le explicó: “Este pueblo abandonó los ritos de sus ancestros que rendían honor a una multitud de dioses; adora al único dios del cielo, que le ordenó salir del país de Caldea e ir a morar a Canaán. (*Judith*, V. 8, 9)]. El destino metafísico de este pueblo, por el que el monoteísmo se establecerá sobre la tierra, está ya por completo en el gesto de este hombre que parte hacia el Norte.

No parte solo. Ha persuadido a sus más próximos. Su mujer Saray lo acompaña; ha convencido también a su anciano padre, Téraj, y éste, como para cortar todos los lazos que lo ligan al pasado, llevó consigo a su nieto Lot, cuyo padre había muerto hacía poco. [¿Cómo se operó este proselitismo? No lo sabemos. El Oriente tiene una gran confianza a quienes se dicen enviados por Dios. Israel creará a muchos profetas, y en otro pueblo semita, Mahoma, al recibir la orden del ángel: “Predica a tus próximos, anuncia al Dios único”, no sino después de muchos esfuerzos, se hará escuchar finalmente]. Es posible ver algo más en la partida de todo este clan: una reacción puritana de los terajitas, nómadas mal anclados en Ur, ante la riqueza y la podredumbre de las ciudades; la nostalgia de la vida libre de las tiendas, cuyo recuerdo aún estaba fresco, y quizás también la consecuencia de una de aquellas violentas sacudidas que la Mesopotamia conoció en tan gran número.

[Porque] ésta migración inspirada, que aparecía como un fenómeno extraño y poco comprensible casi en los horizontes confusos de la historia, es vista ahora dentro de un cuadro muy preciso, integrado a todo un conjunto de acontecimientos que lo esclarecen en más de mil quinientos años, como un episodio, entre otros, de aquellos desplazamientos de pueblos de los que la tierra entre los dos ríos –el Tigris y el Éufrates- fue muchas veces el escenario. A medida que bajo los estratos de arcilla la pala minuciosa de los arqueólogos descubre, capa por capa, la huella emocionante de las civilizaciones, se puede situar mejor este episodio en el decurso de los siglos y de las sociedades]. Hecho místico, sí, pero hecho histórico, la vocación de Abram no se comprende sino en función de esta Mesopotamia cuyas tradiciones multimilenarias han pasado, por mediación de la Biblia, a la memoria de toda la raza blanca.

LA MESOPOTAMIA, CRISOL DE PUEBLOS

Cuando, en los alrededores del año 2,000 antes de Jesucristo, Abram abandona Ur, hacía por lo menos mil quinientos años que la Mesopotamia había nacido a la historia. Era uno de los dos faros que parecen, en estos orígenes del mundo occidental, horadar solos la sombra de las barbaries informes, siendo el otro Egipto, lleno también de tierras fértiles, donde el agua vivifica la vegetación, donde el esfuerzo paciente de las generaciones da a la sociedad sus primeras bases. Fuera de estas dos regiones favorecidas, parece no haber nada sino remociones confusas y anarquías, con la única excepción de Creta, donde, en una pequeña isla, se elabora la más exquisita de las civilizaciones.

Pero, si se comprenden bien los principios que agruparon a los hombres en las planicies de los grandes ríos, en el momento en que la agricultura se impuso como trabajo fundamental [-lo mismo ocurrió en la China del Yang-Tsé y en la India del Ganges-], es preciso que un parecido destino haya presidido la historia del país del Nilo, y la de la Mesopotamia. Egipto es un largo corredor bordeado de acantilados, que el río en crecientes asombrosamente regulares, llena cada primavera; de ello resulta, para ésta tierra fecundada, renovada, una estabilidad de la que la historia es el reflejo. Por otra parte, en contacto con Asia, en el borde de África, Egipto sólo es un paso cuando lo juzga deseable; nunca ha sido un corredor de invasiones. Cosa muy distinta ocurre con el país del Tigris y del Éufrates.

Entre el Golfo Pérsico y el Mediterráneo se inscribe sobre el mapa un conjunto de planicies flanqueado por un trapecio de cumbres. Al Oriente es dominado por el reborde escarpado de la meseta Irania, los montes Zagros; al Norte el Anti-Taurus y los macizos de Armenia forman una barrera impresionante; para alcanzar el Mediterráneo, es necesario franquear el Líbano o los montes Palestinos. En el corazón de este país –seis o siete veces mayor que Francia- el desierto, uno de los más severos de la tierra, arde. Sin interrupción, bajo apariencias diversas, se extiende al infinito hacia el sur, hasta las rojas arenas del Dahna, y, más lejos aún, hasta los pedregales del Hadramaut. Pero, al derredor de todo este brasero, la naturaleza reserva al hombre un cinturón de tierras fecundas. Es el Creciente Fértil: sedimentos fluviales, estepas de pasturales de la Siria del Norte, llanuras del Orontes y del Jordán.

La Mesopotamia constituye la parte oriental, la más considerable de estas regiones privilegiadas. Como su nombre lo indica (nombre dado por los griegos), es la región de los dos ríos,

la entre dos ríos. Si Egipto es, según Herodoto “un don del Nilo”, la Mesopotamia es, si se quiere, un regalo del Tigris y del Éufrates, pero un regalo revocable, con frecuencia disputado.

[Aunque nacidos uno y otro de la cordillera armenia, estos dos ríos son muy diferentes. El Tigris, de altos ribazos, tiene una corriente rápida y su creciente, que comienza en marzo, termina el 15 de junio; en los sitios donde desborda suscita muy frecuentemente ciénagas. El Éufrates tiene menos agua y, ribeteado por el desierto, se gasta necesariamente en él. Su creciente, más tardía, discurre con más lentitud, se extiende con más regularidad por encima de las orillas bajas; y esta bienhechora inundación explica que casi todas las ciudades se hayan colocado no lejos de ellas. Pero ni el Éufrates mismo puede compararse con el Nilo. Muchas partes del suelo quedan fuera del alcance de la creciente, y para crear aquellas “aguas eternas” de que habla Hammurabi, contemporáneo de Abram, se requiere un inmenso esfuerzo de canales y de presas, todo aquel sistema de irrigación que los hombres de hace cuatro mil años practicaban con maestría y cuyo abandono llevó al país a la miseria en que estaba hace medio siglo].

[Ello no impide que], comparada con el desierto, donde se tiene “el día devorado por el calor y la noche por el frío (*Génesis XXXI, 40*), la Mesopotamia dé la impresión de un jardín. País donde la cebada y el trigo tienen sin duda su lugar de origen. País, donde si el agua abunda, puede el hombre pedir a la tierra tres cosechas. La palma datilera alcanza ahí un aspecto regio; proporciona tortas, miel, vino y cien especies de telas; el ajonjolí procura un aceite con sabor de avellana; la higuera, frutos tan suaves que se ofrecían a los dioses; la vid madura ahí un vino capitoso y, del tamariz se saca una goma azucarada. Se comprende muy bien la atracción que estas tierras afortunadas ejercían sobre sus vecinos.

Porque tal es el drama de la Mesopotamia y, con ella, de todo el Creciente Fértil. Estas tierras feraces son una tentación permanente para los nómadas del desierto, continuamente amenazados por la sed. Y como si este peligro interno no fuera suficiente, hay todavía la codicia de todos aquellos montañeses del Elam, de Irán y del Alto Tigris, del Zagros, del Anti-Taurus para quienes este país bajo es al mismo tiempo un lugar de paso y buen granero para el pillaje. Salidas del desierto e irradiando hacia las llanuras o cayendo de las montañas circundantes, las migraciones no han cesado de mezclarse en este crisol de razas y civilizaciones. [Egipto, perturbado una o dos veces por invasiones, no tardó en retomar su destino inmutable]. Así, la Mesopotamia sufrió la marca de todos sus conquistadores.

LAS CIVILIZACIONES DE MESOPOTAMIA

La primera civilización que conoció la Mesopotamia fue hechura de un pueblo verdaderamente notable, los sumerios. Venidos de no se sabe dónde –de Afganistán o, tal vez de Beluchistán- en el curso del quinto milenio, se les ve, hacia el año de 3,500, ya bien instalados en el país del bajo Éufrates, llamado Senaar por la Biblia. Ciertamente no eran semitas. Para convencerse de ello, basta considerar el rostro redondo y calvo, de nariz vigorosa pero corta, de ese Gudea, típico sumerio del siglo 25 antes de Cristo, del que el Louvre tiene once estatuas, o también, en el museo Británico, el rostro conmovedor de la reina Shub-ad que murió en Ur hace cinco mil quinientos años, cuyas narices sensuales, labios golosos y grandes ojos abiertos, parecen prestos a revivir, y que, bajo la extraña corona de hojas metálicas, encarna aún la tentación eterna y el misterio femenino.

Estos sumerios fueron, para la Mesopotamia entera, los iniciadores de la civilización. De ellos salieron los métodos de irrigar, de planear y de construir, los grandes mitos religiosos, los principios jurídicos; algunos de los temas fundamentales de nuestro pensamiento tienen sus raíces en la tierra del Sumer. Se podría decir que jugaron, para los países del Éufrates, el papel que tuvieron los latinos en la elaboración de las sociedades occidentales. Pero, al contrario de Roma, Sumer jamás tuvo la idea de unificar el país. Cada ciudad, Ur, Lagash, Uruk, era un minúsculo Estado que dirigía un reyezuelo, el *patesi*, vicario del dios local. Guerras muy frecuentes oponían entre sí a estas poblaciones. Los vecinos se aprovecharon de esto. Así ocurrió la primera ola de asalto del desierto hacia el Creciente Fértil. No hay duda de que estos advenedizos eran semitas: su nariz es aguileña y sus cabellos rizados. Durante siglos, ocupan, sobre el Éufrates medio, el país de Acad obligados al respeto por la fuerza de los *patesi*, y su civilización mal imita la de los sumerios. Pero hacia el año 3,000 atacan. Durante dos siglos se asiste a una amplia expansión semítica.

Casi en el mismo momento en que en Egipto se construyen las grandes pirámides, el rey de Acad, Sargón el viejo, un jardinero convertido en jefe de guerra, bate a los pequeños príncipes sumerios, se protege de toda amenaza de invasiones montañosas por las campiñas de Elma y, luego, tornando al occidente, avanza hasta el Mediterráneo, donde lava sus armas, conquista “los cedros del Líbano y la montaña de plata”, el Taurus. Esta extensión semita del siglo XXVIII (a. C.) dejará un poco dondequiera huellas históricas; los fenicios son sin duda, una de sus ramas, y se

encuentran colonias semíticas que datan de esta época hasta en el corazón del Asia menor, en Capadocia.

De año en año conocemos mejor esta civilización. Desde que hace cien años, Emile Botta, cónsul de Francia en Mosul, tuvo la idea de explorar los montículos esparcidos en la llanura, ¡qué de descubrimientos, qué de prodigiosos horizontes! Sin duda innumerables recuerdos duermen aún enterrados esperando el azar feliz que los saque en la pala, el método de las fotografías con luz oblicua inventado por el padre Paidebard (y de las fotografías aéreas) revelan más y más sitios que explorar.

[Hoy, en el cruce del Éufrates y de la ruta que seguían las caravanas de asnos, Mari, explorada por los franceses desde 1934, muestra su palacio de dos hectáreas, sus templos, su torre en pisos e innumerables objetos de vitrina. Si aún no se ha encontrado Agadé, la capital del gran Sargón, se puede estudiar, en cambio, sobre el sitio, en la Ur descubierta, el cuadro donde nació Abram. Desde 1922, se han emprendido ahí excavaciones científicas, y actualmente son quince siglos de historia que tenemos resucitados ante los ojos; la torre del templo, surgida de la arena que la cubría, muestra sus enormes apoyos; todo un tablero de casas la rodea y se pueden admirar ahora en Londres, en Filadelfia y en Bagdad los tesoros fabulosos de Ur, los puñales cincelados de los reyes, los cascos de cobre de los soldados, la taza de oro que un cadáver de mujer tenía contra sus dientes cuando se le encontró: un arte de asombrosa belleza.]

La migración de Abram que nuestros padres situaban casi en los orígenes de la historia, se nos aparece como un hecho relativamente reciente en la sucesión de los tiempos mesopotámicos, y es evidente que muchas de las tradiciones que llevaron consigo los terajitas proceden del Sumer, que los hechos y las costumbres a los cuales se referirá Abram son los que había observado en Ur durante sus años juveniles.

La ciudad para él, es la ciudad de ladrillos, tal como nuestros arqueólogos la han descubierto; el único material del país es la arcilla, que se cuece o se seca al sol. La piedra importada estaba reservada para las estatuas de los dioses y para las leyes del reino. Las casas se alinean a lo largo de calles sinuosas de muros ciegos; según la costumbre que ha conservado el Oriente, la vida privada sólo tiene lugar en el patio central. Enlucido blanco, terrazas, una higuera en la esquina del patio, las casas del Irak moderno conservan el mismo aspecto que tenían hace cuatro mil años. De este lugar que abandona para seguir a Dios, Abram conservará siempre el

recuerdo; en el vestíbulo, a ningún visitante se acogía sin lavarle las manos y los pies al borde de una canal excavada para el propósito; y así, al recibir a los tres desconocidos en las encinas de Mambré, les dirá: “Permitidme traer un poco de agua para lavaros los pies”. (*Génesis*, XVIII, 4).

Lo que él rechaza, al dejar Ur, es, pues, el confort y el lujo de la ciudad, los bellos muebles incrustados, los tapices de seda, los vestidos cubiertos de bordados, las joyas y los perfumes. Es también la burocracia minuciosa que los *patesi* de Sumer habían impuesto, desde hacía al menos mil años, a su pueblo y cuyos archivos llenan de ladrillos las bibliotecas, ese sistema estático de impuestos y de tributos a cuyo rigor se mostrará siempre hostil la anarquía hebrea. Es también la religión de múltiples dioses, donde las fuerzas de la naturaleza: Enlil, el aire; Anu, el cielo; Enki, el agua fecundante, son ídolos que reclaman miel, vino y tortas de dátiles. Y quiso, tal vez, escapar a ciertos usos que la religión parece haber impuesto.

[Porque, en esta sociedad tan profundamente civilizada, un hecho horrendo nos desconcierta: en ella se practicaban sacrificios humanos. Para honrar a los dioses y a los reyes se precisaba a veces de víctimas. En los pozos de los muertos, en Ur, los excavadores han encontrado un horrible espectáculo: en torno de los cadáveres reales, totalmente recubiertos de perlas, de oro, de lapislázuli y de ágatas, se alinean veinticinco, cincuenta, setenta y cuatro servidores sacrificados. Están ahí hombres y mujeres, oficiales, domésticos, hasta un conductor de asnos con sus bestias, alineados como en procesión; no se ve ninguna huella de violencia; estos sacrificios han debido morir envenenados. Renán decía que la gloria de Abram consistía en la sustitución hecha por él, en los sacrificios, de un cordero por un hombre; los descubrimientos de Ur hacen pensar que tenía razón en este punto.]

HAMMURABI, CONTEMPORÁNEO DE ABRAM

Un hecho histórico pudo tener en la determinación del inspirado una influencia más directa. El siglo XXII (a. C.), es decir el siglo que precede a aquel en que nació Abram, está marcado por muy grandes acontecimientos, sobre cuyo desarrollo apenas comenzamos a tener algunas luces: la aparición en la historia de los arios. Venidos de una región mal identificada –sin duda el mismo continente que va del Báltico al Caspio y que tal vez no era para ellos sino una primera etapa en su inmenso desplazamiento-, impulsados por motivos más misteriosos aún (falta de alimentos, cambio de clima o quizás imperialismo espontáneo), masas de hombres, hablando casi

el mismo idioma, se pusieron en movimiento hacia el Sur. Para el año 1250 (a. C.), la migración alcanza la zona limítrofe de la Mesopotamia, el Asia Menor y el Irán. Encontraremos estos pueblos bajo los nombres de hititas, casitas, mitanios. Otro brazo se dirige hacia Europa, en la Península Griega, los aqueos se instalarán 100 años más tarde. En ese momento, los desplazamientos de masas en los lejanos países no perturban aún las antiguas civilizaciones. En el Oasis del Nilo, los faraones tebanos, habiendo establecido el orden después de la extraña crisis social en que se había hundido el Antiguo Imperio, se aprestaban al magnífico desenvolvimiento que va a conocer el Egipto de los Sesostris. En el abrigo de su isla, Minos, Rey de Creta, se construye los primeros palacios de Phaestos y de Cnosos; como en las primorosas cerámicas "cáscara de huevo". Es más tarde, dos o tres siglos más tarde, cuando los sólidos reinos serán duramente sacudidos por la marejada aria. Pero en la Mesopotamia, más próxima a los lugares de donde surgían estos bárbaros, se sufre el primer sacudimiento.

Es como un reflujo semita de Occidente a Oriente, réplica de la gran expansión sargónida que había alcanzado el Mediterráneo. Del país de Amorro, la Siria actual, surgen nuevas olas, los amorreos. Quizás, bajo la presión Aria, sus jefes, de los cuales al menos uno fue grande, tuvieron la visión del peligro y para resistir buscaron hacer la unidad mesopotámica.

Muy curiosa fue la tentativa de Hammurabi, el más importante de los reyes amorreos. Sus ancestros, desde hacía un siglo, no habían cesado de engrandecerse a costas de los reyezuelos de Acad y de Sumer. Llegado al trono hacia el año 2,000, continúa la obra emprendida y la lleva más lejos. Quiere unificar a todos aquellos pueblos, haciendo de ellos un solo cuerpo y una sola alma. Opera una revolución religiosa; destrona a los antiguos dioses y propone un ídolo supremo, Marduk. Su ciudad Babilonia, será la capital de todos los países del Éufrates, y en el año 40 de su reinado hace grabar en una piedra sus "decisiones de equidad", ese código que guarda el Louvre, resumen de las antiguas tradiciones sumerias que intenta imponer a su pueblo.

Esta tentativa tiene algo de napoleónica. Conquistador y jurista al mismo tiempo, este Hammurabi es una de las grandes figuras de la época. ¿Tuvo éxito? En un sentido, no, ya que esta unidad artificial no pudo resistir a los ataques de los arios que, cien años después de él, saquearon Babilonia. Sin embargo, la lengua babilónica será, desde entonces, la lengua diplomática, usada desde el Asia Menor hasta Egipto, y la influencia amorrea se inscribirá profundamente en la historia de la civilización. Pero esta prodigiosa tentativa no se hizo ciertamente sin terribles resistencias. Es larga la lista de las ciudades que Hammurabi castigó hasta la ruina. Mari no se

levantó de ella. Y, cuando apenas muerto el gran conquistador, Ur intentó rebelarse, sus muros fueron arrasados y sus habitantes deportados por el hijo del déspota.

¿En qué medida la decisión de Abram de abandonar el país donde había vivido tuvo que ver con esta política autoritaria, unificadora, insoportable? Para convencer al viejo Téraj de que era mejor partir, Abram pudo encontrar excelentes argumentos en la política del rey de Babilonia y quién sabe si la tentativa de unificación religiosa en torno del ídolo Marduk no hubo de terminar para decidir a quien llevaba en su corazón la certidumbre del Dios único.

EL CLAN DE TÉRAJ EN MARCHA

En esta sociedad cuya complicación conocemos ahora, ¿cuál era el lugar del pequeño clan terajita, llamado a tener una importancia histórica tan grande? Su origen es ciertamente amorreo; en su invectiva a Jerusalén, Ezequiel le dirá: “¡Tu padre era amorreo!”. Pero la impresión que se tiene al leer los once o doce capítulos del *Génesis* es que este grupo de hombres debió estar separado. ¿Era una familia llegada hacía poco tiempo? ¿Una comunidad que había guardado más vivas tradiciones de la época en que, en el desierto, los semitas acampaban bajo la tienda? [En África del Norte, existen hombres, los moabitas, que profesan una especie de protestantismo musulmán y viven momentáneamente en las ciudades de la costa, pero terminan siempre por volver hacia la pentápolis de Ghardaïa. Los hombres guardarán el recuerdo de una tradición según la cual habrían servido como mercenarios y mercaderes entre los babilonios antes de partir para Canaán].

Abram decidió, pues, abandonar Ur. Como sus lejanos ancestros, va a volver sobre la pista. Asia ha visto, de la China al Bósforo, migraciones más considerables. En aquellas inmensidades, parece que los grupos humanos fuesen impulsados por el viento como las dunas de arena. Entre tantas oleadas diversas que se han agitado en el tazón mesopotámico, el clan de Abram no parece más que una pequeña ola y para tener una imagen de este desplazamiento, basta mirar una de esas caravanas que se encuentran en los caminos de Siria, estirando en centenas y centenas de metros su fila de camellos bamboleantes, y uno de aquellos campamentos de tiendas negras, “negras pero bellas”, como dice el *Cantar de los Cantares*, que los nómadas de Palmira levantan aún ante nuestros ojos.

¿Por dónde se efectuó esta migración? La Biblia nos dice: de Ur a Jarán, es decir de Sur a Norte a lo largo del Éufrates, Jarán está situada en la zona de las colinas que preceden al Anti-Taurus, sobre un afluente del Éufrates, el Balikh. Toda esta región es un importante lugar de paso; ahí, turcos y cruzados se disputaron Edesa. Debió ser uno de esos centros en que las caravanas reposan; para ir de un cabo al otro del Creciente Fértil, como el desierto es casi infranqueable, es imposible no pasar por el país de Jarán. Este era una especie de *emporium* babilónico donde se intercambiaban mercancías, mitos e ideas. [El gran adivino Balam, más tarde, será censado al llegar. (*Números*, XXXIII, 7). Para la elección de este lugar había también quizás razones religiosas; se adoraba al mismo dios que en Ur, el dios luna.]

Es, en todo caso, un país particularmente acogedor para un nómada, pastor de rebaños. Excelentemente irrigado por algunas lluvias y por los ríos de las montañas, el país tiene hierba. En la primavera, la flora es suntuosa: margaritas blancas, tulipanes de sangre y azafranes amarillos forman un tapiz moteado; las alcaparras agitan sus mechones malva y altas varas de ramos rosa surgen por todas partes. La estepa aromada está seca a partir de mayo, pero los rebaños no dejan de tener pastura. [Jarán, en los hondones de sus colinas, era sin duda como ahora una aldea de casas de ladrillos enjalbegados, cuyas minúsculas cúpulas, cada una de las cuales recubre una habitación, forman una especie de conglomerado de pequeñas esferas].

Su estancia en Jarán marcará profundamente la historia de los Terajitas. Para todo el período de los Patriarcas, este país, este Aram-Narahaim, este Paddan-Aram será verdaderamente el país de los padres. [A él volverán a buscar mujer entre la parte de la familia que permaneció en aquel lugar: Rebeca y Raquel son de tal procedencia. Y, cuando mucho más tarde, los israelitas resuman para sí mismos su antigua tradición, comenzarán de esta manera: “Un arameo vagabundo era mi padre...” (*Deuteronomio*, XXVI, 5). En todas las encrucijadas de su historia, se perciben estas tribus errantes; su nombre designa el gran oleaje del que los terajitas constituyen una onda; tal oleaje, con el tiempo, reventará muy lejos y su lengua terminará siendo la más extendida del país sirio palestino, será la lengua que hablará Jesús. La estancia en Harrán se hizo a las puertas de la ciudad, en campo abierto, como “arameos vagabundos”].

Esta no debía ser sino una etapa. El anciano padre de Abram, Téráj muere. Convertido en jefe de la familia, en “Patriarca”, el inspirado vuelve a partir, sabiendo que no es ahí todavía el país donde debe cumplirse el destino de su pueblo. Se dirige entonces hacia el Sur, a la tierra de Canaán, el otro punto del Creciente Fértil. Nada hay de ilógico en ello. Este país de Siria y Palestina

ha sido, en el curso de los siglos, un corredor. De Norte a Sur y de Sur a Norte, las invasiones han caído sobre él, siendo además un paso obligatorio del Mediterráneo hacia el país del Éufrates. El clan de Abram no debió distinguirse de la cantidad de otros pastores que iban con él, de pastizal en pastizal seguidos por sus rebaños. Los cananeos, poco numerosos, ocupaban solamente las ciudades fortificadas, sin pensar en oponerse a tales pasos. Este primer contacto con Canaán no tuvo historia. La Biblia no consigna ninguna relación con los habitantes, ninguna batalla. Pero señala un hecho de una importancia diferente.

En Siquem, en ese sitio en que el monte Garizim redondea su espinazo, Abram recibe de Dios la confirmación de la promesa y la indicación con que la propia promesa se precisa: “Yo daré este país a tu posteridad”. (*Génesis*, XII, 7). Desde entonces el destino de este pueblo queda ligado a este país. Canaán es ya la “tierra prometida”. [Pero serán necesarios 7 u 8 siglos para que estos nómadas se instalen en ella. No se sabe de pueblo alguno que haya tomado tanto tiempo en asentarse].